

## SOBRE JUSTO SIERRA O'REILLY

Marte R. GOMEZ

LA ANTIGUA LIBRERÍA ROBREDO inició en 1936 la publicación de la *Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas*. En la advertencia de los editores, éstos dijeron que no pensaban realizar un negocio comercial lucrativo, sino que arriesgaban trabajo, empeño y dinero, con pocas esperanzas de resarcirse de ello, pero ufanos de gastarlos para servir a la Historia de México.

Al cabo de los años ya sabemos, empero, que la *Biblioteca histórica mexicana* caminó con buena suerte, que llenó totalmente su cometido y que resultó hasta un buen negocio. Los volúmenes fueron apareciendo de tiempo en tiempo... y desapareciendo de las vitrinas de las librerías para sepultarse en los anaqueles de nuestros estudiosos. Hoy comienzan a constituir casi una curiosidad bibliográfica, lo cual es, por lo demás, el destino natural —cuando son buenas— de las cortas ediciones que salen de nuestros tórculos.

Entre las interesantes obras inéditas que seleccionó la Librería Robredo, con sagaz sentido bibliográfico, el volumen XII fué dedicado al *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*, de don Justo Sierra O'Reilly. El prólogo y las notas del libro corrieron por cuenta del conocido intelectual, historiador y hombre de bien —tres veces sensible fué, por ello mismo, su temprana muerte— que se llamó Héctor Pérez Martínez.

Fué este escritor, por otra parte, quien hurgando en librerías de viejo tuvo la fortuna de tropezar con seis tomos manuscritos del doctor Sierra O'Reilly y, entre ellos, con dos del *Diario del viaje a los Estados Unidos*, que fueron los tomos I y III. Héctor Pérez Martínez supuso, con buenas razones, que el segundo tomo del *Diario* se había perdido. En realidad, para fortuna nuestra, sólo se hallaba extraviado.

Otro sagaz hurón de libros viejos, Manuel Porrúa, acaba de localizarlo en un lote de libros de México que compró de Emilio Valton, ameritado bibliógrafo, reconocida autoridad en asuntos del siglo XVI y bibliófilo destacado.

Cultivo la amistad de Manuel Porrúa y, de tiempo en tiem-

po, soy cliente suyo para algunas de las rarezas bibliográficas que él siempre atina a descubrir. Pero a los precios que libros y manuscritos de México van cobrando, más es ya lo que le platico que lo que le compro. A la primera categoría pertenece todo lo que concierne al segundo tomo del *Diario* de don Justo Sierra O'Reilly. De primera intención sólo me interesé por leer el manuscrito, después me ofrecí para hacerlo paleografiar y para cotejarlo. A la postre me dejé arrastrar por la tentación de presentarlo al público, escribiendo de él algo a manera de introducción o de prólogo.

Sólo podrán interesarse por esta obra los amantes de nuestra historia. Debo dar, pues, por sabido que leyeron en su tiempo y que van quizá a releer hoy el volumen XII de la *Biblioteca histórica mexicana*. Debo admitir también, para evitar repeticiones ociosas, que esas mismas personas examinarán con la atención debida las doctas notas que escribió el doctor Héctor Pérez Martínez, o que conocen en sus fuentes originales las varias obras en que se explican los orígenes económicos y sociales de la Guerra de Castas.

Me doy, pues, sin mayores circunloquios a la tarea, obviamente superior a mis conocimientos, pero irresistiblemente tentadora, de presentar a los mexicanos el tomo que faltaba del *Diario* de don Justo Sierra O'Reilly, un segundo tomo que, por lo demás—los lectores lo irán comprobando a medida que vayan pasando las páginas del texto—, es el más interesante de los tres, y, por ello mismo, un inapreciable eslabón perdido para unir los dos tomos ya publicados, o quizá una piedra clave que permitirá conocer mejor cómo era y de qué manera pensaba, sobre la pretendida y afortunadamente fallida “anexión” de Yucatán, el hombre que fué comisionado para negociarla.

Habiendo recordado que la publicación de los tomos primero y tercero del *Diario* de Sierra O'Reilly se debe a un conocido librero de la dinastía de los Porrúa, quiero subrayar hoy que es otro Porrúa, Manuel, quien patrocina la edición del tomo segundo de la obra. Como se ve, no fué en balde que en su ensayo sobre el amor al libro, otro gran amante de él, Enrique Fernández Ledesma, dijera que la profesión de librería mereció en todo tiempo ser colocada entre las nobles y honradas, porque es la comodidad de los libros la que adelgaza

los ingenios y la que abre un camino felicísimo para todas las ciencias y disciplinas.

HA TRANSCURRIDO más de un siglo desde que ocurrieron los hechos que vamos a comentar, y lo menos que puede pedírseles es que los examinemos con objetividad e imparcialidad.

Es natural, sin embargo, que México no pueda juzgar con indiferencia la gestión que llevó don Justo Sierra O'Reilly a los Estados Unidos, ni olvidar que ofreció una parte de nuestro territorio a cambio de ayuda pecuniaria y militar que salvara a los yucatecos blancos de la aniquilación con que los amenazaban los indios mayas. Un autor insospechable de parcialidad en contra de Sierra O'Reilly, a lo más que llega es a decir que la gestión de que se trata fué un error político, el más grave y de más trascendentales consecuencias que cometió en su breve, pero fructuosísima vida.<sup>1</sup>

Sin embargo, más que enjuiciar al hombre, debemos tratar de situarlo correctamente dentro de la época que vivió y dentro de las ideas que imperaban en aquellos tiempos, y, para eso, lo primero que necesitamos hacer es admitir que para los yucatecos contemporáneos de Sierra O'Reilly, su tierra no formaba parte todavía, claramente, de la República Mexicana.

Téngase presente, en efecto (para no remontarnos hasta la época precortesiana), que la ciudad de Mérida no fué conquistada por los españoles sino en 1542 —veintiún años después de la toma de Tenochtitlán—, y que la península yucateca no formó nunca parte del virreinato de la Nueva España. Fué capitania general, con dependencia directa de la metrópoli, y sólo en el orden judicial estaba ligada con la Audiencia de México, que era tribunal de apelación en los negocios de que conocía el Gobernador y Capitán General.<sup>2</sup>

El 15 de septiembre de 1821, los miembros de la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de Mérida se reunieron para incorporar Yucatán a México, pero declararon sin ambages que lanzaban la proclamación de independencia “para no interrumpir el reposo civil de que gozaba la Provincia y para precaber la interrupción del Comercio”. La junta extraordinaria congregada en Mérida el 29 de mayo de 1823 proclamó más tarde que reconocía y obedecía al gobierno de México; pero éste no fué un reconocimiento sin condiciones, sino su-

jeto precisamente al requisito de que el Gobierno de la República fuera siempre liberal y representativo, y de que Yucatán tuviera derecho a dictar su Constitución particular.<sup>3</sup>

El advenimiento del centralismo, el funesto santanismo, para llamar las cosas con el nombre que realmente tienen, fué sólo el pretexto para que Texas declarara su independencia, pero a Yucatán lo puso auténticamente en pugna con el Gobierno del Centro.

La interposición de la colonia inglesa de Belice y de los intrincados bosques habitados por quichés y lacandones impidieron la comunicación de Yucatán con la América Central e hicieron natural el acercamiento con México, aunque por entonces no hubiera una comunicación directa, que apenas hoy estamos logrando; pero hubo muchos otros errores y abusos que aflojaron los lazos apenas anudados.

Don Justo Sierra Méndez, poniendo la historia al servicio de sus más legítimos sentimientos de amor filial, habla por eso concretamente de “altos derechos de importación que encarecían el pan, de alcabalas que perjudicaban el comercio interior y de torpes disposiciones de carácter marítimo”.<sup>4</sup>

Si recordamos que, todavía durante el Segundo Imperio, Maximiliano decidió hacer de Yucatán un comisariado imperial, agregándole Campeche y Tabasco, se acabará de entender una situación que, repitámoslo, descansaba sobre bases que habían sido puestas siglos atrás.

Desde un punto de vista personal, más que acusar a Sierra O'Reilly por sus pecados, debemos compadecerlo por su infortunio. Porque sólo él aparece hoy como responsable de su gestión y, sin embargo, fueron muchos los que, en su tiempo, compartieron su modo de pensar, comenzando naturalmente por las autoridades superiores de Yucatán que lo mandaron a negociar.<sup>5</sup>

En otras palabras, si el Comisionado de Yucatán no se hubiera apellidado Sierra, sino X o Z, hubiera tropezado con los mismos obstáculos y soportado idéntico fracaso, y sufriría hasta nuestros días la irremisible condenación que todavía pesa sobre Sierra O'Reilly.

Porque no debemos olvidar que aquellos años de la Guerra de Castas fueron para Yucatán años terribles, en que las ciudades, las villas, los pueblos, las haciendas, las rancherías, los

humildes parajes, todo iba cayendo en poder de los indios sublevados que llegaron prácticamente hasta las goteras de Mérida.<sup>6</sup>

Pueblos enteros emigraban, los comerciantes vendían sus efectos a cualquier precio, no había más que un negocio lucrativo: el alquiler de los carruajes y embarcaciones en los que huía la población atemorizada, poniendo tierra y agua de por medio para escapar de la tea y del machete destructores.<sup>7</sup>

Fueron muchos los que creyeron que todo Yucatán caería nuevamente en poder de los indios, perdiéndose para la civilización hispánica.<sup>8</sup> Las autoridades yucatecas actuaron igualmente bajo el convencimiento de que no podrían valerse por sí mismas, ni vieron otro recurso que el de someterse a la primera nación generosa y magnánima que actuara en su auxilio—felizmente esa nación fué México—y los salvara del bárbaro que los amenazaba con la destrucción y el exterminio.<sup>9</sup>

En *La Patria* de Mérida se publicaba sin el menor recato que Yucatán ofrecía espontáneamente, a todos, su dominio y su soberanía absolutos a trueque de que lo salvaran de la horrenda destrucción que lo amenazaba;<sup>10</sup> y en *La Unión*, que era el órgano oficial de don Santiago Méndez, se justificaba la misión de Sierra O'Reilly con el argumento de que Yucatán se perdería irremediablemente para sí y para el mundo civilizado, sin la cooperación y auxilio de la primera nación rica y fuerte que quisiera apropiarse su territorio ahuyentando a la raza indígena.<sup>11</sup>

Lo más curioso es que aquella actitud, que piadosamente podemos calificar de abdicante, no la tenían exclusivamente los blancos. En la zona limítrofe con Centroamérica, los indios preferían ser guatemaltecos mejor que mexicanos, justamente agraviados, como estaban, por el durísimo trato que recibían de los blancos yucatecos y por las vejaciones y explotaciones de que eran víctimas.<sup>12</sup>

Entre estas vejaciones y explotaciones, la menos justificable fué seguramente la de comerciar con ellos, vendiéndolos como esclavos, y decir que don Justo Sierra O'Reilly fué de los que aprobaron este proceder inhumano será completar, de paso, el pliego acusatorio en contra del distinguido hombre de letras.

En *El Fénix* perdura la constancia de que Sierra O'Reilly opinaba que era preciso exterminar a los indios y de que la

Guerra de Castas debía proseguirse con el carácter de exterminio.<sup>13</sup> Aunque debemos también consignar, en su abono, que de otro mexicano todavía más ilustre, el *Pensador Mexicano*, nos ha quedado también la constancia de que la guerra contra los indios bárbaros de Sonora —los indios yaquis y mayos que donde mataban diez mulas o diez hombres tenían banquete, que ignoraban el derecho de la guerra y no daban ni pedían cuartel— debía proseguirse “fuerte, sin piedad y con artillería”.<sup>14</sup>

El *Pensador Mexicano* lo sentía, pero agregaba que, entre vernos envueltos en una guerra desastrosa y arrojar a los indios de nuestras tierras, lo segundo parece menos malo. Del mismo modo en *El Fénix* de Campeche don Justo Sierra O'Reilly trataba de justificar la venta de indios mayas a Cuba, retorciendo la verdad y retorciéndose la conciencia con una falsa caridad, que usó para decir que los desventurados prisioneros, que conforme a las leyes de guerra deberían sufrir la pena de muerte, eran objeto de loable solicitud si se les conmutaba esa pena por la de presidio y destierro, de tal manera que no podía haber inconveniente si se les embarcaba fuera del país.<sup>15</sup>

En el manuscrito recientemente descubierto, que es el que estamos tratando de presentar aquí a los amantes de nuestra Historia, surge una y otra vez —como no podía ser menos— el odio que Sierra O'Reilly sentía por los indios sublevados. Expresa el temor de lo que le pudo suceder a Manuel Antonio, cura de Valladolid, “con la maldita canalla de los indios”. Y unas páginas más adelante se lamenta de lo que podrá ser la suerte de los yucatecos —los blancos, naturalmente— si esa odiosa y malditísima raza infernal y salvaje —la de los indios, también naturalmente— dicta su ley. Y llega hasta el extremo de darse baños de pureza proclamando que siempre les ha tenido lástima a los pobres indios, que se ha dolido de su condición, que ha hecho esfuerzos por mejorarla —lo que los indios necesitaban, por supuesto, era simplemente que se les hiciera justicia—; pero que los maldice por su ferocidad salvaje, por su odio fanático, por su innoble afán de exterminio.

Más aún, piensa y propone, en el curso de sus negociaciones, que los Estados Unidos no se concreten a enviar una expedición militar que combata a los indios, sino que establezcan también una población blanca —con lo que Yucatán se

habría perdido para los indios tanto como para los blancos yucatecos—,<sup>16</sup> y, desesperado por la lentitud con que el Senado norteamericano examina el negocio de Yucatán, discute con Baldwin un plan de colonización en gran escala, para llevar a la Península yucateca extranjeros de los que, a la postre, hubieran sido servidores todos los yucatecos, blancos, indios o mestizos.<sup>17</sup>

POR CUANTO AL TEXTO MISMO, este tomo segundo es mucho más que un eslabón perdido, es una piedra clave para entender las dramáticas condiciones bajo las cuales se vió Sierra O'Reilly en los Estados Unidos, y para entender al mismo hombre.

Sabemos, para comenzar, que todo el *Diario* fué escrito en testimonio del fino y profundo amor que tuvo a su esposa Conchita —un amor del que, por carambola, hemos resultado beneficiados todos los mexicanos—, y aun por orden de ella, según se complace en reconocer el autor, con exageración evidente.

Sabemos, asimismo, que el primer tomo, que abarca el período comprendido entre el 12 de septiembre y el 31 de diciembre de 1847, fué enviado a Yucatán por mediación de Carvajal, el compañero de aventura que hubo de regresar anticipadamente a causa de sus achaques.

Y nos explicamos también los obstáculos de todo género que le impidieron a Sierra O'Reilly escribir las notas de su *Diario* con claridad, y que hacen la lectura del manuscrito generalmente difícil, a veces casi imposible. En efecto, si los renglones del diario suelen salirle torcidos, es porque tiene una mesa de trabajo empecatadamente incómoda; si la letra de buena caligrafía inglesa pierde rasgos y se hace a ratos como una vibración nerviosa, es que el hombre metido en mala hora a diplomático no tiene secretario a quien dictarle sus notas, y cuando abre las páginas del *Diario* ya es tarde y está cansado y soñoliento; o si no, porque un su vecino de hotel, un tal Mr. Hogan, lo visita todas las noches, en bata y chinelas, para pegarle "el solo de costumbre", de modo que nuestro hombre suele verse en el caso de comenzar en la noche, ya muy tarde, notas que no termina sino al día siguiente, amén de que la luz artificial le molesta mucho la vista.

Este mismo tomo segundo nos da la clave de todo lo incó-

moda que fué la vida de don Justo en los Estados Unidos. Al principio se queja de las veladas, que le parecen eternas, y de que suele pasarse las noches de claro en claro, mientras que su compañero don Rafael duerme a pierna tendida toda la noche. . . y la mayor parte del día; después se lamenta de las enfermedades del mismo don Rafael, que hacen su compañía verdaderamente insoportable; de las malas comunicaciones marítimas, que lo dejan, a veces por meses, sin noticias de su mujer; de la falta de recursos pecuniarios, que acaba por forzarlo a cambiar su hermoso cuarto del Hotel Brayn's para tomar otro más pequeño que sólo tiene una ventana, pero que cuesta veinte dólares menos al mes.

Hombre del trópico, era natural que el clima invernal lo mortificara también sobremanera, y en las páginas del *Diario* tenemos varias confirmaciones de ello. Le cuenta a su mujer que el frío le penetra hasta la médula de los huesos, y que en las orejas parece como si tuviera pegado un enjambre de avispas venenosas.

Ni siquiera tiene el consuelo de sentarse al amor del fuego, porque el calor y el humo de la chimenea le producen dolor de cabeza y mira, con admiración quizá no exenta de envidia, cómo los yanquis meten casi los pies y las manos dentro del fuego y permanecen así horas enteras. Y en Filadelfia sufre atrozmente por el frío, a pesar de que lleva puestas dos camisetas de franela, dos calzoncillos de lana, dos pares de medias de lana también, pantalón de paño, chaleco de lana —todo de lana hasta los pies vestido—, levita de bayeta, capa, guantes de piel, confortador de lana, gorro y sombrero.

Nada tiene de raro, por todo lo que acabamos de ver, que de tiempo en tiempo, en las páginas del *Diario* asomen la desilusión y el pesimismo. Cuando le presentan, en el Capitolio, a los dos hijos de Iturbide, consigna que les habló de su padre “con todo el respeto que se debe a la memoria ilustre del desgraciado fundador de la más desgraciada independencia de México”. Otra vez expresa que la raza española ha comenzado a tener su fin y de que México no podrá detener los progresos —léase: impedir que le arrebatan jirones de su territorio, como los que él mismo andaba ofreciendo— del coloso yanqui. Y confía al secreto de su diario —secreto que sólo esperaba compartir con su esposa— el pensamiento íntimo, que era a la

vez pronóstico ominoso, de que, de hacerse la paz entre México y los Estados Unidos, nuestra patria sólo aseguraría su existencia "bajo la protección de nuestro poderoso vecino, porque de lo contrario desaparecería la nacionalidad mexicana".

LEVANTANDO LA VISTA de lo que atañe exclusivamente a México, no puede dejarse de considerar que don Justo Sierra O'Reilly nos dejó en su diario muy valiosos testimonios de lo que era, hace apenas un siglo, la vida sencilla y en muchos aspectos patriarcal del pueblo norteamericano.

Para entender en todo su valor el testimonio de Sierra O'Reilly, lo primero que debemos hacer es subrayar que en Nueva York —cuyo ruido y movimiento ya aturdíán a don Justo—, la población, que era de todas maneras la quinta del mundo, apenas llegaba a los 500,000 habitantes. Una gran campana daba la señal de alarma cuando había incendios —a Sierra le tocaron veinte en los pocos días que pasó en la ciudad—, y los criminales condenados a muerte eran ejecutados sobre las murallas de la prisión, a cielo raso, colgándolos de horcas que se veían desde las calles adyacentes.

Ya se comprenderá lo que era el resto de la hoy gigantesca nación. El Presidente de la República y su esposa abrían las puertas de su residencia cada primero de enero, para recibir el saludo de todos sus conciudadanos: hombres, mujeres, niños y grandes; el ruido de un incendio congregaba a todo el vecindario; los domingos se comía a las dos, para que los sirvientes pudieran ir a la iglesia; las mujeres no se preparaban para la vida de los negocios, aprendiendo taquigrafía, contabilidad o comercio, sino que estudiaban el piano o el arpa. Y paseaban por la Avenida Pennsylvania, distantes de los problemas económicos, vistiendo túnicos de merino de seda y algodón, mantones de tres vuelos con hermosos flecos bordados, gorras de castor y manguitos de nutria.

La costumbre del *lunch* en el restaurante o en la *cafeteria*, o el uso de conservas o preparaciones alimenticias que se llevan de la *grocery* ya empaquetadas, embotelladas o enlatadas, era totalmente desconocido. Había desde luego familias numerosas: la familia Callan, con quince años de matrimonio, tenía siete hijos —cuatro varones y tres hembras—, y la familia Tysson había recibido la bendición de cuatro hijos y nueve

hijas. Las familias llevaban vida de hogar, se reunían en las veladas para charlar o para hacer música y, por principio de cuentas, preparaban sus alimentos y los saboreaban en la gran mesa familiar: *roast-beef* —la sopa para principiar no era de mucho uso—, jamón, gallina, ganso, puré de papas, ensaladas, un preparado de maíz que llamaban *homíng*, y budín o fruta.

Algunas de las costumbres o aspectos de la vida norteamericana, aun siendo patriarcalmente provincianas, como acabamos de ver, no podían pasarle por la cabeza a don Justo. Nunca pudo entender, por ejemplo —acostumbrado a emplear, como agua de uso, el agua de lluvia recogida año con año en los aljibes—, que los habitantes de Washington tuvieran a su disposición agua del río Potomac, que distribuían por toda la ciudad cañerías subterráneas. Le maravilla —a él que sólo sabía de dar tumbos en carreta por los pedregosos caminos reales de su Yucatán— que el tren de vapor devore en menos de dos horas —a la vertiginosa velocidad de treinta kilómetros por hora— la distancia que separa Baltimore de Washington. Lo deja suspenso que aun durante el invierno se sigan sirviendo el agua y el vino con hielo, y que para los postres no falte el “sorbete”.

Educado en la vieja escuela que hacía de la esposa la esclava del hogar, tapiada entre las cuatro paredes de su casa, salvo las regulares caminatas a la iglesia y las ocasionales visitas a los amigos, le sorprende mucho que en Norteamérica las señoras se interesen por los asuntos públicos y llenen las galerías de la Cámara de Diputados, del Senado y aun del salón de la Suprema Corte de Justicia. Las contempla a sus anchas y no le gusta la magnitud de sus pies hombrunos, pero no sube la vista para seguir sus comentarios, porque inmediatamente aclara —para tranquilidad de la esposa que aguarda en Yucatán—, que de las piernas no puede decir nada porque las modas de la época imponen calzones que las cubren hasta el talón.

Por lo demás, la mujer norteamericana ocupa poco espacio en las páginas del *Diario*. Es natural que así sea, no sólo porque lo escribió con destino a su propia mujer, sino por las costumbres visiblemente hogareñas del autor. Aquel hombre se pasaba el tiempo atendiendo a sus nada fáciles negocios, y

lo más que se concedía era una que otra visita a la biblioteca del Capitolio, fumar en pipa, en su mismo hotel, disfrutando de la compañía de sus amigos Hogan y Baldwin, y hacer visitas, unas cuantas visitas de impecable corrección, que le sirven para matar el aburrimiento y para practicar el inglés.

Porque no hay que perder de vista la circunstancia de que las dificultades del idioma se sumaron a todas las demás dificultades de diverso orden a que tuvo que hacer frente nuestro hombre en los Estados Unidos. Estas dificultades, las del idioma, aparecen una y otra vez a lo largo del *Diario*.

Cuando visita el Colegio de la Visitación en Georgetown, por ejemplo, tiene que entenderse con la abadesa en francés, y en este idioma se desarrolla también la conversación más importante que sostiene sobre los negocios de Yucatán, la que entabla con Mr. George M. Dallas, Vicepresidente de los Estados Unidos; con el Rev. Garland, vicario general del obispado de Filadelfia, habla en inglés, pero con el auxilio del francés y del latín, del que se sirve "en lances apurados", y en Newark, visitando a una familia Daugly, le presentan a un cura católico, con quien sólo se entiende en latín.

Concede tanta importancia a sus adelantos en el inglés, que no cuesta trabajo adivinar que no fueron muchos. Le dice a su mujer que cada día hace más progresos en él y que está contento, porque no habrá perdido todo su tiempo en los Estados Unidos; y en la casa de la familia Tysson habla inglés "de una manera frenética", a veces por más de tres horas; mas para hablar con el secretario privado del presidente Polk lleva de intérprete al Dr. Baldwin,<sup>18</sup> y en las páginas finales de este segundo tomo todavía reconoce que tiene que hacerse el ánimo de no ponerse colorado cuando habla disparates y se sorprende de hablar el italiano "con la misma soltura que el español", a pesar de que nunca ha tenido maestro de ese idioma.

Don Justo Sierra O'Reilly tuvo en general mala suerte con la prensa—habremos de insistir en ello más adelante—, y sus dificultades con el inglés no pasaron completamente inadvertidas. En *La Patria* de Nueva Orleans, algún redactor mal intencionado publicó que, habiendo cesado en el Gobierno de Yucatán don Santiago Méndez, debía suponerse que cesaban

las funciones de "comisionado" de Sierra, pero que se ignoraba si regresaría, porque había quien aseguraba que estaba aprendiendo el inglés.<sup>19</sup> Pero las cosas no fueron así. Aquel hombre indudablemente inteligente y bien dotado para los idiomas, hasta el punto de que dominó el francés y el italiano sin haber estado nunca en París ni en Roma y que usaba con cierta fluidez del latín, sin haber sido contemporáneo de Cicerón, vivió en los Estados Unidos por largos siete meses sin que le entrara el inglés, y fué ejemplo viviente de hasta qué punto era imprudente el ofrecer la soberanía de su tierra natal a una nación cuyo idioma mismo no era capaz de dominar.

México debe felicitar-se de que Sierra O'Reilly tuviera dificultades para comunicarse con fluidez en el idioma del país al que se dirigía en demanda de ayuda, como también de que la hostilidad con que, por lo general, lo trató la prensa norteamericana le haya levantado otra barrera quizá más efectiva. Porque tuvo en realidad mala prensa.

En el volumen XII de la *Biblioteca histórica mexicana*, recorriendo las páginas de los tomos primero y tercero del *Diario*, podemos ver ya lo mucho que le afectaban los ataques de los periódicos. Una vez dice que "aumenta sus mortificaciones" un maldito periódico español de Nueva Orleans —*La Patria*—, que lo ha tomado por su cuenta; a las pocas páginas se duele de que tenga que salir al encuentro de necios periodistas, charlatanes y sin pudor, que llenan a los yucatecos de insultos; y así sucesivamente van apareciendo la *Gaceta* de Filadelfia, que le hace guerra cruel, y algunos otros periódicos que acusan a los yucatecos de ser una raza cobarde y desgraciada que no sirve para nada.<sup>20</sup>

Lo que pasaba, en el fondo, es que en los Estados Unidos se sabía bien —porque la verdad es muy difícil de recatar— que los indios yucatecos habían sido víctimas antes que victimarios; que fueron los blancos quienes dieron el ejemplo del incendio de pueblos y de la matanza, y que, después de que se generalizó el exterminio, las represalias de los blancos fueron tales, que los colocaron al nivel de sus contrarios, tenidos por salvajes.<sup>21</sup>

El presidente Polk, por lo que sabemos de su conducta y por lo que su diario íntimo nos ha revelado, no hubiera tenido escrúpulos para meterse en Yucatán. Fué una dicha para Mé-

xico, y para los mismos Estados Unidos—porque las ambiciones de conquista siempre son costosas, como la Historia repetidamente enseña—, que los adversarios políticos del presidente Polk le ataran las manos. Por cuanto al comisionado yucateco, al oponerse el Senado de los Estados Unidos a que se interviniera en Yucatán, Sierra O'Reilly no tenía otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos para sufrir la embestida final de los periódicos.<sup>22</sup>

Y como último recurso, formular su propio examen de conciencia doliéndose en las páginas de su *Diario*— un anticipo ya de la inconmutable condenación de la Historia— de que él, que amaba tan sinceramente a sus conciudadanos y que deseaba tan ardientemente el bien y el engrandecimiento de su Patria, hubiera sido calumniado y “botado” al odio de las personas.<sup>23</sup> Al verter en su *Diario* los anteriores conceptos, Sierra O'Reilly pensaba solamente en su patria de Yucatán; no podía pensar—hubiera sido menos dura para él la vida— que la patria grande, México, pasaría el velo del perdón sobre sus culpas, gracias al preclaro hijo que su mujer trajo al mundo mientras él andaba por tierra yanqui, y cuyo nacimiento dejó consignado en las páginas del segundo tomo, que hoy ve la luz.

YUCATÁN TODO rinde hoy homenaje a Sierra O'Reilly como al padre de la literatura peninsular. Se reconoce que, por su amor a la ciencia y a la verdad, Yucatán logró salvar del olvido importantes sucesos históricos.<sup>24</sup> Pero es muy discutible que ese homenaje público se manifestara de manera tan clara y espontánea de no haber sido don Justo Sierra O'Reilly padre de don Justo Sierra Méndez.

A manera de comprobación de que Sierra O'Reilly no fué hombre sagaz o persona a quien orientaran las “corazonadas”, comencemos por advertir que el hijo que con los años habría de darse la mano con la historia—y con la gloria— no era esperado por el comisionado de Yucatán.

El 4 de enero de 1848 le escribe a su mujer diciéndole que tiene la idea de que le dió una niña, y confía al *Diario* la duda acerca de si quiere un hijo o una hija, aunque acaba prefiriendo que sea niña, y el 20 de febrero—un domingo que el comisionado de Yucatán pasa tristeando, porque casi siempre

sucede que los días festivos sean más duros para los desterrados—, lo que Sierra O'Reilly espera es una niña, otra niña, mejor dicho, que reemplace a la perdida Jesusita.

Pero al día siguiente lo vuelve loco de contento la noticia de que le vino al mundo un hijo varón, que por cierto ya casi había perdido la esperanza de tener. Y esta vez sí atina en el vaticinio, porque escribe en su *Diario* que el nuevo vástago será representante de su nombre ante la posteridad. Aunque, si bien se piensa, tampoco esta vez acertó, porque su preclaro hijo hizo mucho más que representarle ante la posteridad: lo reivindicó ante ella.

Nos acercamos al fin de nuestro relato, y quisiéramos hacer un paralelo entre los sentimientos patrióticos del padre y del hijo.

Don Justo Sierra O'Reilly debe de haber acabado por sentirse mexicano, puesto que desempeñó hasta cargos públicos de la Federación, como el de juez de distrito de Campeche,<sup>25</sup> pero al tiempo de escribir su *Diario* y de actuar como comisionado de Yucatán no se sentía ligado para nada con México, y el presente segundo tomo lo prueba hasta la evidencia.

Escribe con naturalidad, sin el menor sentimiento de solidaridad con México o de conmiseración para nuestra tragedia, que “el Comodoro Pery” regresó de Yucatán “muy contento de la lealtad de los yucatecos”; se conduele apenas de la “pobre República Mexicana” cuando describe para su mujer la excitación que impera en Washington por las discusiones que hay en el Congreso sobre la guerra con México; más tarde, relata sin acusar interés, aun a simple título de simpatía, que oyó en el Capitolio los gritos descompuestos de un orador que se refería a la guerra con México; asienta como una cosa natural y extraña — juzgando con ese “punto de vista de Sirio” que se ha llegado a estimar indispensable para hacer una buena narración puramente literaria— que parece cierto que se ha celebrado con México un tratado de paz, y que éste ha sido enviado a Washington para su ratificación; y, colmo de colmos: cuando le presentan al general Quitman, acepta que sea el “héroe de la batalla de Chapultepec”, asumiendo la responsabilidad de palabras sacrílegas que van en contra de una verdad unánimemente admitida por los mexicanos — verdad superior a ningún intento de rectificación o de revaloración his-

tórica, como averiguan de tiempo en tiempo quiénes se destrozan a sí mismos tratando de destrozar a Benito Juárez, por la sencilla razón de que los pueblos defienden a la Historia, en lo que es fundamental para la preservación de la nacionalidad, de las interpretaciones partidistas a que la someten las gentes de partido que escriben de Historia—, y que no es sino la de que en la dolorosa derrota de Chapultepec (no tanto porque haya sido derrota, que al fin y al cabo todos los pueblos las han sufrido, sino por la sangre joven que se derramó en ella) no hubo más héroes que los Niños Héroes.

Cuesta trabajo admitir que don Justo Sierra Méndez haya desconocido el *Diario* de su padre. No sólo debe de haber sufrido leyéndolo, sino que también debe de haberse instruido y orientado en su mexicanismo sin tacha. Y no sería difícil que, por contraste, al viajar por los Estados Unidos, le viniera la idea de confiar al papel las notas de otro *Diario* que fuera, sin decirlo, una rectificación clara del *Diario* paterno.

Porque, en efecto, la tesis del uno es la antítesis del otro; lo que hay de negación y de oscuridad en la obra del padre se convierte en afirmación y en luz en la obra del hijo, y en tanto que la idea de México es extraña al primero, para el segundo México es mucho más que la patria, y la quiere y exalta con ternura filial, de manera que muy bien pudo haberla llamado, con la expresión de Mistral, su Matria, es decir, madre tierna y amorosa.

Tan indisoluble nos parece la trabazón entre el *Diario* de Justo Sierra O'Reilly y *En tierra yankee* de Justo Sierra Méndez, que no resistimos la tentación de examinarla más detenidamente.

Tenemos como primer ejemplo el caso del general Samuel Houston, de quien Sierra O'Reilly habla en el segundo tomo, recordándonos que es senador por Texas después de haber sido presidente de "esa República". No hay en el comisionado yucateco la menor alusión a la mutilación que acabábamos de sufrir, y sólo intercala la nota pintoresca de que el sagaz político texano va a las sesiones del Senado envuelto en un sarape mexicano.

En cambio, don Justo Sierra Méndez llega a Houston y confía inmediatamente al papel los sentimientos de melancolía que lo embargan con el solo nombre de la ciudad, por ser

“el de nuestro vencedor en Texas”. Y surge ante él la figura del federalista Zavala y toma su defensa —¿quién podría dudar de que en el fondo lo que hace es defender a su propio padre?—, afirmando que no fué un traidor, sino que obró en él la circunstancia de haber nacido en Yucatán, y de que sólo para los dos extremos del país, Yucatán y Texas, el pacto federal hubiera sido un hecho y no una ficción.<sup>26</sup> Poco después, al pisar tierra en Nueva Orleans, se condele de que Henry Clay hubiera sido derrotado por Andrew Jackson —ya para esas fechas la ciudad cobija amorosamente, bajo su manto azul maculado de humo, a los dos irreconciliables enemigos—, porque es muy posible que, siendo presidente el primero, los negocios de México con la Unión Americana hubieran tomado “mejor y más cristiano y honrado camino”.<sup>27</sup> Y cuando divisa el perfil de la cúpula del Capitolio, enmarcada hasta por treinta anuncios de *Nutrina* y *Castorina*, a través de una niebla tan tenue que parecía un deslustramiento del cristal bruñido del cielo,<sup>28</sup> lo único que piensa es que él pertenece a un pueblo débil, que puede perdonar pero que no puede olvidar la injusticia cometida, y sentencia que México debe hacer gala de una resignación orgullosa y muda para que se haga dueño de su destino.

Más tarde, en Nueva York, en el Madison Square, frente al monumento en honor de los triunfadores de México, considera que le es permitido no hacerle caso; “en segundo lugar porque no vale nada”. El primer lugar se lo deja a cualquier buen entendedor y no necesita nombrarlo, porque cualquier mexicano lo sabe de memoria.<sup>29</sup>

Y no falta el comentario sobre Chapultepec: para don Justo Sierra Méndez, de todas las afrentas de la invasión americana, de esa pirámide de miserias, de vergüenza, de sangre y de cadáveres, de derrotas nuestras y de triunfos norteamericanos que se llama 1847, lo único que nos redime es el heroísmo de los jovencitos del Colegio Militar que vengaron a su patria en la Historia con sólo morir por ella.<sup>30</sup> ¡Qué lejos, este sentir, del confesado por el padre, que aceptaba a un oscuro general yanqui como héroe de la batalla de Chapultepec!

Que las equivocaciones del padre fueron siempre punzante zozobra en el patriotismo del hijo, nos lo dicen con claridad

las palabras que Justo Sierra Méndez pronunció en varias ocasiones solemnes.

Al inaugurarse, en el Paseo Montejo de la Ciudad de Mérida, la estatua levantada en honor de su padre, dijo por ejemplo: "Mucho habrá que censurar en la vida política del hombre de bien que hoy conmemoráis" —¡qué dolorosa confesión en labios del hijo!—, "pero nada, ningún error, ningún empeño, ninguna falta que no haya tenido por móvil el amor, el profundo y apasionado amor por Yucatán".

Y no era éste un gesto de jactancia con que parodiaría el "a patria chica, alma grande" que él mismo había evocado, sino regocijo de que la patria grande hubiera perdonado y absuelto, convirtiéndose por su propia generosidad en la patria única, que él hacía que sus hijos adoraran religiosamente.<sup>31</sup>

Sobre el mismo tema volvió en la hacienda de Sodzil, cuando dijo ante Porfirio Díaz, presidente de la República, que el viaje del Jefe de la República tenía la enorme significación de consumir la obra de unión indestructible de Yucatán a México, agregando todavía que el hijo de los que en horas aciagas creyeron necesaria la patria chica, lo juraba así.<sup>32</sup>

VOLVAMOS AL *Diario* de don Justo Sierra O'Reilly. En las primeras páginas —hablamos del primer tomo del manuscrito— aparece como si fuera un "ayuda-memoria". Transcribe la nómina de presidentes de los Estados Unidos, desde Jorge Washington, que fué el primero, hasta el duodécimo, que fué James Knox Polk; incluye la lista del cuerpo diplomático acreditado en Washington y los nombres de quienes integraban la Suprema Corte de Justicia; pone hasta los nombres y sueldos de los ministros del gabinete —ministros que ganaban la fabulosa suma de seis mil dólares anuales—, y hace la traducción de expresiones inglesas triviales que Sierra O'Reilly parece que quiere memorizar, por ejemplo: *Come in*: "adentro", o *Come here*: "ven aquí".

Después se perfila la pretensión de hacer del libro una breve memoria de viaje. Los párrafos sólo aparecen con fecha, pero se intercalan hasta ilustraciones. A falta de fotografías, una litografía de Cincinnati, un pequeño plano de Baltimore, una litografía de los jardines del Capitolio, la mediocre litografía de Washington por Greenough.

Al final, el *Diario* va tomando un tono epistolar que se acentúa resueltamente en nuestro segundo volumen. El miércoles 17 de noviembre de 1847, desde Washington, Sierra O'Reilly usa por primera vez el encabezamiento de "Conchita mía"; el sábado 27 del mismo mes, deben de apretarle la ternura y la nostalgia, porque escribe "Conchita mía queridísima". Desde ese momento, lo que escribe, más que un *Diario*, es una sucesión de cartas de entrega demorada.

En resumen, tarde aprendió a ser mexicano don Justo Sierra O'Reilly, pero temprano supo ser esposo cariñoso y padre amantísimo. De esas cualidades dió ejemplo en su hogar, y pudo hacer de su hijo el hombre bondadoso, el varón ejemplar, el patriota sin tacha en quien todos reconocemos al Maestro.

Estamos, pues, ante Justo Sierra O'Reilly, ante otro de los muchos casos de desdoblamiento de personalidad y confirmamos, si tal confirmación es necesaria para alguien, que el hombre es un ser contradictorio y complejo, que lo que Sócrates sabía de sí mismo es todo lo que sabemos del hombre.

Se piensa hoy con mayor claridad y rectitud que en los tiempos prehistóricos, pero, como ser moral, el mismo hombre que es capaz de distinguir lo malo de lo bueno que lleva en sí, no logra aumentar esto en detrimento de aquello. Por otra parte, el hombre, como ser social, puede ser moral e inmoral en sí mismo y en relación con la sociedad en que vive. No de otro modo podemos aceptar que se haga el balance final de don Justo Sierra O'Reilly, considerando su conducta no en función de sus errores políticos, ni de sus malas pasiones individuales—caldeadas en la hoguera de la Guerra de Castas—, sino rindiendo homenaje a sus demás virtudes hogareñas y ciudadanas y, sobre todo, reconociéndole el mérito de haber formado, moral e intelectualmente, a Justo Sierra Méndez, que según dijo otro gran mexicano, mexicano de Yucatán por más señas, fué como encina tutelar erguida en medio de una cálida llanura y a cuya sombra, llena de dulzura, hallamos todos tienda de paz y protectora égida.<sup>33</sup>

## NOTAS

- 1 Carlos R. MENÉNDEZ, *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios*, Mérida, 1923, p. 345.
- 2 Albino ACERETO, *Relaciones políticas entre México y Yucatán*, 1907.
- 3 *Ibid.*
- 4 Justo SIERRA, *México. Su evolución social*, vol. I, p. 207.
- 5 Carlos R. MENÉNDEZ, *op. cit.*, p. 274.
- 6 *Ibid.*, Prólogo.
- 7 *Ibid.*, p. 13.
- 8 *Ibid.*, p. 11.
- 9 *Ibid.*, p. 15.
- 10 *Ibid.*, p. 18.
- 11 *Ibid.*, p. 84.
- 12 *Ibid.*, p. 55.
- 13 *Ibid.*, p. 97.
- 14 "El Pensador Mexicano", *Correo Semanario de México*, 1826 (vol. I, núm. 1).
- 15 MENÉNDEZ, *op. cit.*, p. 97.
- 16 Justo SIERRA O'REILLY, *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*. México, 1938 (*Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas*), p. 41.
- 17 *Ibid.*, p. 45.
- 18 *Ibid.*, p. 32.
- 19 MENÉNDEZ, *op. cit.*, p. 15.
- 20 SIERRA O'REILLY, *op. cit.*, p. 35.
- 21 MENÉNDEZ, *op. cit.*, p. 59.
- 22 SIERRA O'REILLY, *op. cit.*, p. 48.
- 23 *Ibid.*, p. 25.
- 24 MENÉNDEZ, *op. cit.*, p. 21.
- 25 *El Reproductor Campechano*, I (1924), núm. 1.
- 26 Justo SIERRA, *En tierra yankee*, México, 1898, p. 22.
- 27 *Ibid.*, p. 34.
- 28 *Ibid.*, p. 48.
- 29 *Ibid.*, p. 58.
- 30 *Ibid.*, p. 136.
- 31 Justo SIERRA, *Obras completas*, ed. de la Universidad Nacional, vol. V, México, 1948, p. 367.
- 32 *El Reproductor Campechano*, IV (1947), núms. 4-5, p. 289.
- 33 A. MÉDIZ BOLIO, *En medio del camino*.